

de los conquistadores del siglo xvi, pero, como en ellos, la ambición indefinible, que ensanchaba su horizonte á medida que avanzaba, no ofuscaba un vivísimo sentimiento de la realidad y una pasmosa penetración política, que iba hasta la clarividencia rayana en don profético (véase la carta de Prim al general Salamanca antes de abandonar la República, *México á través de los siglos*, tomo V). Ahora bien, este Cid campeador á la moderna conocía los asuntos de México, pertenecía al partido liberal progresista en su patria, había censurado la conducta de los enviados españoles, favorables á los reaccionarios aquí, y estaba, por su esposa, íntimamente ligado con una de las pocas familias de la alta burguesía mexicana (la aristocracia, que aquí llamábamos un poco ridículamente) que no se habían manifestado hostiles al movimiento reformista. A pesar de la sorda oposición del ministro de Francia, Saligny, que conocía el objeto secreto de la participación de Francia en la intervención y las combinaciones de M. de Morny, y que personifica en esta lúgubre historia uno de los casos más francos de banditismo diplomático de que hay memoria, Prim hizo ir á los comisarios ingleses, de muy buena voluntad, y al cándido comisario francés Jurien, rendido á la razón, por un camino que lo llevaba derecho á dar fin á la intervención por medio de un tratado con Juárez; no existía, afirmaba Prim con justicia, más gobierno que éste, puesto que el reaccionario era un grupo siniestro que trashumaba, escoltado por una guerrilla, de aldea en aldea y de asesinato en asesinato. Así lo reconoció explícitamente Almonte, el representante de la emigración mexicana en las Cortes europeas, cuando vino á su país, y libre ya de Inglaterra y de España, se hizo proclamar, por un cabecilla reaccionario, *Jefe supremo de la Nación*; el jefe era Zuloaga, y así lo manifestó éste; tanto lo era el uno como el otro; Forey barrió todo esto brutalmente con la punta del bastón.

Tratar con Juárez, arreglar con Doblado los preliminares de un gran pacto futuro, mejor dicho, las condiciones en que debía verificarse ese pacto (preliminares de la Soledad), y conquistar la benevolencia y al fin la gratitud de los mexicanos que tenían en algo la dignidad de la patria, fué obra de corto tiempo para el conde de Reus. En Europa no se veía con buenos ojos el camino que los comisarios habían emprendido; pero Prim y los ingleses, que veían las cosas de cerca, siguieron firmes en su propósito; la llegada de considerables fuerzas francesas y de los emigrados políticos, hizo comprender la necesidad de apresurarlo todo. Almonte traía la autorización de hacer llegar la intervención al establecimiento de una monarquía; Prim, juzgando esto un acto de locura trágica, persistía en hacerla llegar al reconocimiento pleno de la situación reformista. Todo lo esperaba de las conferencias de Orizaba; Almonte y Saligny se propusieron hacerlas abortar. La insistencia del gobierno mexicano en exigir que fueran expulsados Almonte y sus socios, dado el carácter neutral de que había alardeado la intervención, dió pretexto á los franceses para romper sus relaciones con el gobierno; Prim y los comisarios ingleses decidieron entonces retirarse, y la intervención europea quedó convertida en intervención francesa.

Fué ésta una obra patriótica de Prim; alejó por muchos años de su país, con esta conducta, una gran catástrofe que, á haber vivido, hubiera sabido siempre neutralizar cuando ciertos acontecimientos fatales, inevitables, hubiesen tomado forma en las Antillas. Con esa conducta en México dió Prim ejemplo de honradez caballeresca internacional, de esos que no estaba acostumbrado á ver el mundo. En México se sintió el efecto de ese proceder

instantáneamente: calló el gobierno en la exposición de sus quejas contra España, calló la prensa, durmió el rencor en el ánimo popular. Una España nueva se nos había revelado y venía hacia nosotros: la España del porvenir. ¿Por qué D. Juan Prim no tiene todavía un bronce en nuestros paseos públicos, cuando es de bronce la gratitud de nuestra patria hacia él?

Será siempre injusto hacer responsable á un pueblo entero de las faltas de sus gobernantes; y aunque precisa confesar que el reinado de Napoleón III no fué un accidente, sino el resultado duradero de una grave dolencia social, y aunque contó, hasta en sus postimerías, con los sufragios de la mayoría de la Nación, porque le había dado dos de las tres cosas que el francés ama más: el orden, que permite el trabajo y el ahorro, y la gloria militar, que es la que halaga más la vanidad (la tercera es la libertad, que permite satisfacer la pasión por la palabra); aunque el burgués y el rústico tenían plena confianza en la estrella napoleónica, es indudable que la noticia de que la intervención en México quedaba por cuenta exclusiva de Francia causó allá inquietud y sorpresa; era, manifiestamente, una aventura y fué antipática desde que nació; el pueblo es infalible en sus presentimientos. Durante la lucha de intervención pudo la noticia de los triunfos excitar pasajeros entusiasmos y causar en los débiles alucinaciones febriles, pero la opinión volvía pronto á la inquietud, y la amargura final fué consecuencia de más de cinco años de sordo disgusto.

La obra magna del reinado de Napoleón III, así lo decía, quedó encomendada al plenipotenciario Dubois de Saligny, que obraba de acuerdo con Almonte y disponía á su antojo del jefe militar de la expedición francesa, Lorencez; ahora bien, el primero era un bellaco de importancia que olfateaba en todo aquello un *tripotage* de que podía sacar su fortuna; Almonte (hijo del gran Morelos) era un ambicioso que había aspirado á desempeñar el primer papel en su país, ya en una facción, ya en la opuesta, y á quien sus desengaños personales habían convencido de que sólo por la fuerza se podía hacer la felicidad de su patria, imponiéndosela y sometiéndola á otra gran nación militar, de la que se constituía en incondicional instrumento; Lorencez era un correcto oficial cualquiera. Entre los tres fraguaron la ruptura de los convenios de la Soledad (que Almonte aseguraba, con razón, que serían reprobados por los gobiernos aliados), y luego, con un pretexto que por su insubstancialidad espanta, decidieron que los franceses (á quienes el gobierno nacional había permitido subir á las tierras templadas, mientras se ajustaban los tratados, con la explícita condición de que volverían á la costa si no se llegaba á un acuerdo) quedarían dueños de Córdoba y Orizaba; el ejército de Lorencez con este hecho no bajó á la costa: lo que descendió mucho más abajo fué la honra de su bandera, que no era digno de llevar en la mano. Las tropas mexicanas, á la vista de Prim, se iban concentrando en Orizaba; al verlas llegar, casi desnudas unas é irregularmente armadas muchas, el general español las comparaba, sofocado de emoción, á las tropas que habían luchado por la independencia contra el otro Napoleón en España, y al saber la determinación de Lorencez, atónito el caballeresco paladín, se dirigió á preparar el reembarque de la expedición española en Veracruz. El gobierno español aprobó su conducta; la habría aclamado con entusiasmo si hubiese podido ver claro en lo porvenir.

Era Zaragoza un joven general formado en la guerra reformista, fuerte y activo como

sus contreráneos de la frontera septentrional; ni un estrategista genial, ni un conocedor de todos los ápices del arte de la guerra europea, pero que sabía admirablemente al soldado mexicano y el inmenso coeficiente de resistencia que había en él, y esa era su táctica, y que tenía una fe de primitivo, pura, infinita y simple, no sólo en el derecho, sino en el triunfo de la patria, y esa era su estrategia. Había reemplazado al frente del ejército al general Uruga (que había estudiado sobre el terreno á los ejércitos europeos y que tenía en los nuestros una desconfianza invencible), y desde que se encargó del mando, Zaragoza ni vaciló ni dudó; habló, no de vencer ó morir como los generales desesperados, sino de

vencer; dió su palabra fría, calculada, tranquila, de que triunfaría; como bueno, cumplió con ella.

Retrocedió escalón por escalón hasta la Altiplanicie central en los últimos días de Abril, con una fuerza poco mayor que la francesa que le seguía, y que forzó, en un combate sangriento, las rampas vertiginosas de Acultzingo; se reconcentró en Puebla, y decidiendo hacer allí alto, improvisó fortificaciones en los puntos que dominan y hacen indefendible la plaza, y esperó. El 5 de Mayo atacaron los franceses precisamente los puntos en que la defensa podía ser más eficaz (las pequeñas eminencias de Guadalupe y Loreto), y después de redoblados asaltos en que el



Isabel II

valor temerario y la habilidad de marchar y trepar fueron infructuosos para los soldados poco numerosos, pero selectos de Lorencez, los franceses, mermados, ensangrentados y estupefactos, tornaron á su campamento de ataque y poco después á Orizaba, humillados y furiosos, no contra los mexicanos, sino contra Almonte, que, *motu proprio* (él mismo había preparado los supuestos movimientos de Orizaba y Córdoba en su favor), se intitulaba pomposamente «Jefe supremo de la Nación.» Por cierto que el presidente Zuloaga, que andaba con una guerrilla al mando de Cobos por el Sur, había protestado contra tamaña usurpación; él, Zuloaga, sí era el Jefe supremo de la Nación; pronto los franceses vieron claro en toda esta miseria.

El Cinco de Mayo, por el número de los combatientes y por el resultado puramente militar de la acción (una retirada en orden estricto para esperar refuerzos), no es una batalla de

primer orden, ni de segundo; no es Platea, es Marathón. Es Marathón, por sus inmensos resultados morales y políticos: la nación entera vibró de entusiasmo; ignoramos si hubo mexicanos á quienes entristeciera el triunfo; creemos que no, en ningún partido; ni odio, ni ambición, ni desesperación pudo tener la facultad de apagar los latidos de ningún corazón movido por sangre mexicana. Unos callarían, otros clamaron en todos los rincones, en todos los ámbitos del país; no hubo aldea de indígenas en que no relampagueara la electricidad del patriotismo; aquella chispa súbita puso en contacto muchas conciencias dormidas para la Patria, y á todas las despiertas. Hubo una Nación que resintiera el choque; esa Nación se sintió capaz de supremos esfuerzos. En ese minuto admirable de nuestra historia, el partido reformista, que era la mayoría, comenzó á ser la totalidad política del país, comenzó su transformación en entidad nacional: la Reforma, la República y la Patria comenzaron juntas en esa hora de Mayo el *via crucis* que las había de llevar á la identificación, á la unificación plena en el día indefectible de la resurrección del derecho. Fuera de esa nueva y definitiva personalidad de la patria nada había... átomos errantes, reliquias centrifugas del período genésico de nuestra nacionalidad.

El Cinco de Mayo, conteniendo al ejército francés por un año, permitió al país organizar la resistencia; podría ésta ser parcialmente vencida por la evidente superioridad militar de los invasores, pero totalmente vencida no, sino con un inmenso ejército de ocupación, y temporalmente; con el esfuerzo que la Francia imperial podía hacer no era realizable ni bosquejar siquiera la ocupación plena; era segura una lucha decorada de victorias, pero cuyo resultado tendría que ser un gasto moral y material irreparable, que colocarían á la nación invasora en un estado de palpable inferioridad militar en Europa.

El Cinco de Mayo hizo perder un año á los designios de Napoleón, claramente indicados en su famosa carta á Forey, respecto de los Estados Unidos; precisamente en los momentos en que Zaragoza defendía á Puebla, aparecía en primer término en la guerra separatista Edmundo Lee, el soldado genial que había de dar un carácter científicamente grandioso á la guerra; el emperador, dueño de México y delador momentáneo de la República, en aquellos momentos desarmada, habría tenido un punto de apoyo admirable para aliarse con los sudistas y, con la ayuda, segura en aquellos días, de Inglaterra, reconquistar puertos y limpiar de estorbos marítimos la comunicación entre los Estados rebeldes y el Océano. Y esto era, quizás, la *secesión* definitiva. El Cinco de Mayo defendió Zaragoza en Puebla la integridad de la Patria mexicana y de la Federación norte-americana. Servicio involuntario, pero inestimable, que otros servicios de parte de los Estados Unidos (ninguno desinteresado) pudieron compensar, mas nunca superar.

Después de su victoria el general Zaragoza, con su ejército reforzado considerablemente y llevando á sus órdenes al popular y entusiasta caudillo del último período de tres años, á González Ortega, se empeñó en recoger los frutos del Cinco de Mayo, obligando á los franceses, que se habían hecho fuertes en Orizaba, á bajar á la Costa y embarcarse antes de que les llegaran refuerzos. La combinación para dominar á Orizaba era atrevida y excelente; la fatiga inmensa de las tropas de González Ortega, la imprevisión estupenda de algunos oficiales, proporcionaron á los franceses, ansiosos de recobrar su prestigio, el modo de sorprender toda una ala de nuestro ejército, desalojarla de su posición inexpugnable (el Borrego) y hacer fracasar el plan de Zaragoza, que abandonó su empresa sobre Orizaba.